



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.078

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 ptas. id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 6 DE JUNIO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES

PUEBLOS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, tapones para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

Recuerdo paternal.

Mi pobre niña se levantó aquella mañana pidiendo pan; pero ni su madre ni yo podíamos dárselo.



Se vistió ella sola—tenía ya seis años—y después de darnos un beso, marchó a la escuela, muy despacio, como esperando que la llamásemos aún, para darla algún mendrugos olvidado.

Estaba tan acostumbrado a estos trabajos, que no pude hacer llegar a mis ojos una lágrima, que bajó a mi garganta para ahogarme.

Desde la boardilla, vi cómo subía por la acera, muy juiciosa, con aquel paso tranquilo que me recordaba a su hermana mayor, la que murió hacia un año, cuando ya empezaba a ayudarnos con su trabajo.

Dios quiso llevársela y se la llevó: con ella se nos fué el alma, no la olvidaremos nunca; todo nos la recuerda. ¡Dios nos la llevó! ¡También Dios!...—suelo exclamar muchas veces,—pero mi mujer me tapa la boca y llora y reza. Yo sólo puedo rezar.

Aquella mañana, como digo, que no teníamos que comer, subió a mi casa un hombre a ofrecerme trabajo.

—Usted,—me dijo—escribe todavía, y está usted muy pobre según veo; necesito algún trabajo serio y acabado... si me gusta lo que haga, le pagaré lo que sea justo.

—Sí, señor,—contesté,—algo enfermo me encuentro aún, pero la necesidad me obliga a hacer un esfuerzo; procuraré complacerle.

Quedó en volver aquella noche y

me puse inmediatamente a escribir.

Pero mi cerebro estaba débil todavía, y las ideas volaban dentro de él sin poder sujetar una siquiera.

¡Qué tormento! Las horas pasaban, el papel seguía en blanco ante mis ojos, y mi niña volvía de la escuela gimoteando.

Unas chicas la habían pegado. Pero no, no era ese el motivo de su llanto; bien lo sabíamos nosotros.

No sé cómo fué; sin darme cuenta, destrocé la pluma contra la mesa y me encontré echado en mi jergón con la mirada fija en el techo, las manos crispadas... mudo, terrible en mi impotencia.



Luego no volví a oír a mi hija: se había vuelto a marchar y la calma fue volviendo.

Algo así como un espíritu interior me fortalecía: hasta creí sentir la voz de mi hija muerta, que me alentaba, que me cogía de la mano y me llevaba otra vez sobre mis cuartillas en blanco.

Y allí escribí, febrilmente, todas, una tras otra.

Mi mujer las empezó a leer, pero no pudo continuar; había escrito la página más triste de nuestra vida; la muerte de mi hija... allí mis dolores estaban vertidos uno a uno.

El primer síntoma de su mortal dolencia, adivinado por nosotros aquella mañana de Diciembre... una tos seca, primero, unas manchas de sangre después, que quiso ocultar para no asustarnos.

Las noches de insomnio, aquel sufrir interminable, sin poderla curar, sabiendo que se moría irremisiblemente.

Y aquella muerte. ¡Oh Dios, aquella muerte! Cogida a mi cuello, sin quererme soltar, y gritando la pobre cilla cuando se ahogaba: «¡No; no quiero morir! Todo, todo allí, todo lo leyó aquel hombre cuando volvió por la noche.

Mi mujer, la niña y yo, mirábamos en su rostro la impresión que le producía.

Por fin terminó; levantóse del

asiento y dejó las cuartillas sobre la mesa.

—Esto me dijo, enjugándose los ojos,—no interesa a nadie; veremos otra vez si acierta con el asunto.

Y después volviendo sobre sus pasos:

—Pero, diga, ¿es cierto lo que ha escrito aquí?

—¡Sí, señor, desgraciadamente!

—¡Pobre hombre! A mí también se me murió la hija que tenía, del mismo modo que la suya. ¡Oh! no extrañe usted que lloro.

Entonces sacó una cartera donde vi asomar muchos billetes de Banco.

—¿Va V.?—me dijo.—¡Su retrato! ¡Pobre angel mío! Lloró un rato, y una vez calmado, exclamó:

—Conformidad, amigo mío: tenga resignación como yo la tuve; y respecto a eso no le compro su trabajo porque no interesa, y están mal los negocios.

Después, se marchó, y aquella



noche volvió a llorar mi niña otra vez... ¡La habían pegado tanto sus amiguitas!..

José BRISSA.
(Prohibida la reproducción).

Noticias de Cuba.

De los periódicos recibidos por el último correo tomamos las siguientes:

—En el potrero «Nieves», de Forcada, a un kilómetro de Colón, se dijo el día 8 al comandante militar, teniente coronel Molina, que había una partida al mando de Matagás.

A las 10 y media de la noche salió con 20 hombres de la guerrilla de María Cristina y guardia civil, cubriendo puntos estratégicos, Palmilla, Cumauyagua, Amarillas, y Aguada.

De 12 a 1 de la noche se encontró con unos 12 hombres armados de rifles, y que al grito de «¡Viva Cuba libre! y la Autonomía, le hicieron nutrido fuego.

El enemigo fué desalojado de la casa que ocupaba, dejando un muerto, que resulta ser el moreno Leopoldo Ramos, criminal de fama, dispersándose en distintas direcciones. Por nuestra parte re-

sultó herido de machete el guerrillero Francisco Vila, y también el caballo que montaba.

Se recogieron un rifle, un caballo, un revolver, un machete, 90 cápsulas y otros efectos, haciéndose prisioneros a Andrés Ferreira, Juan Sánchez, José Moreno y pardo Bonifacio Reyes.

—El día 8 publicó el «Herald de Nueva York», un telegrama dirigido desde Santiago de Cuba diciendo que el general Maceo había atacado el Cristo, al frente de mil doscientos hombres. Quemaron la tienda de un español pacífico, levantaron los rails del ferrocarril y quemaron un puente.

La guarnición compuesta de cien españoles, hizo una resistencia coronada por el éxito, haciendo retirar a los insurrectos. Un tren que conducía trescientos españoles para reforzar la guarnición fué detenido por los insurrectos y la locomotora descarrilada. Los rebeldes evacuaron el Cristo antes del amanecer.

El tráfico por el ferrocarril ha sido suspendido. Los vecinos del poblado se dirigen a pie, en partidas, a la ciudad.

De este ataque se tuvo noticia en la Habana el día 8 por la noche y la verdad de lo ocurrido es lo siguiente:

El propósito de los insurrectos era apoderarse de la casa cuartel del Cristo, donde había un buen depósito de municiones y armamentos de los voluntarios; pero nuestras tropas, alentadas valientemente por el capitán Sr. Lendínez; los rechazaron con verdadera heroicidad.

Como a las diez de la noche sintióse un nutrido fuego en la estación del ferrocarril, donde se encontraba una guardia compuesta de veinte hombres de la primera compañía del primer batallón del regimiento de Cuba, al mando de un sargento. Un grupo de ocho hombres a caballo hizo fuego contra la estación y fué rechazado por nuestros soldados.

A las once de la noche fué atacado por diversos puntos el cuartel de la guardia civil, en cuya casa se encontraban, con el capitán de caballería señor Lendínez, ayudante del general Gasco, el primer teniente D. Manuel Moliné de la guardia civil con dos sargentos, un cabo, veinte y un guardia y quince soldados del referido regimiento.

A los primeros disparos acudieron el teniente de voluntarios D. Mateo Álvarez con solo tres individuos del citado Instituto, quienes sostuvieron el fuego contra el enemigo hasta su total terminación.

Dos horas y media largas, duró el ataque y la defensa del Cristo. Viendo el enemigo que sus planes se frustraban, tuvo la ocurrencia de prenderle fuego a la casa del conocido comerciante don Esteban Gezer; pretendió también incendiar la casa cuartel de la guardia civil, por el fondo de la misma; pero apercibido a tiempo el capitán señor Lendínez, al frente de unos cuantos soldados ordenó la defensa de aquel sitio, causando numerosas bajas al enemigo.

La calle que daba acceso a la casa cuartel quedó materialmente roja por la sangre.

Las casas del pueblo, en su inmensa mayoría, quedaron acorilladas a balazos.

La casa contigua a la de don Esteban Gezer, donde los insurrectos maltrataron a la señora arrojaron al fuego, por encima de la cerca, a un niño, cuya casa es de don Juan Hernández, fué también quemada con otra de guano.

En la primera casa incendiada se vieron los restos de un negro insurrecto,

quemado, que cayó allí a consecuencia de un disparo de Mauser.

La partida de unos 1100 a 1200 hombres era mandada por José y Antonio Maceo, que establecieron su cuartel en el alto que ocupaba la iglesia.

Se aplaude mucho la conducta del capitán don Enrique Maby, que rechazó al enemigo cuando, en repetidas ocasiones, trató de penetrar en la casa cuartel, a los desahogados gritos de:

—¡Nos han engañado!

—¡Al machete!

—¡Viva Cuba!

Se dice que el incendio de los puentes «San Rafael» y otros más de la línea de Songo fué mandado por el cabecilla Miró y Argenter. Además los insurrectos habían quemado los puentes de «Martín López» y «La Somanta».

El día antes, siete, con alguna noticia de los movimientos del enemigo, salió de Santiago de Cuba un tren conduciendo tropas, con una máquina exploradora por delante, en la cual iba el capitán de Estado Mayor don Vicente Rojo y cuatro soldados del noveno batallón Peninsular, que desde la estación de Boniatoles dió el aviso de estar la vía libre. Desde este poblado siguió el convoy de tropas a una distancia de 200 metros de la máquina exploradora; pero a unos tres kilómetros antes de llegar a la estación del Cristo, la exploradora descarriló a consecuencia de unas traviesas que el enemigo había hecho saltar de la vía.

En estas circunstancias los insurrectos atacaron al Capitán y a los cuatro soldados que iban en la exploradora, descendiendo del convoy las tropas que con verdadero empuje repelieron la acometida enemiga causándole tres heridos y un muerto, teniendo la desgracia de que resultase herido de la bala en la cabeza y el cuello el capitán señor Rojo, uno de los soldados que iban en la exploradora y siete más del convoy de tropas. Las ventanillas de los wagones fueron materialmente acorilladas a balazos por las fuerzas enemigas.

Las partidas que atacaron el tren, en el que iban don José Martínez Campos y el capitán Primo de Rivera, eran las de Miró, Rabí y los Loras.

Nuestras tropas, después del combate efectuado en la vía, continuaron hacia el Cristo, donde aquella misma noche entraron los insurrectos con ánimo de apoderarse de las armas y municiones en el cuartel de la Guardia Civil.

—El día 12 por la tarde se supo aquí que en Camaján, Holguín, tuvieron un encuentro fuerzas de Caballería en número de 60 con una partida insurrecta, compuesta de más de 200 hombres casi todos montados.

Los insurrectos fueron batidos y perseguidos dentro del monte, ignorándose las bajas, agregando que por nuestra parte teníamos que lamentar la herida que sufrió el teniente coronel de caballería Sr. Arizón.

El general Suarez Valdés comunicó el día 12 desde Holguín, que había regresado a San Andrés el batallón de infantería de Marina y que el «San Lorenzo» y Moscosos había batido a las partidas de Carralero y Muñoz, a las cuales tomó seis caballos y efectos.

—El Comandante Chudfó participaba también el mismo día desde Baracoa, que en los días 30 de Abril y 1.º del corriente batió una partida ocupándole armas y caballos, teniendo las fuerzas un herido grave.

—El Coronel Sandóval comunicó el día 13 que en un reconcentramiento hecho en las inmediaciones de Palma Soriano, día 6 había dado muerte al titulado coronel Pablo Ruaga.